
La soberanía de Dios

Daniel 4

John Kachelman

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre; cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? (Daniel 4.34–35).

Son pocas las doctrinas que se encuentran en las Sagradas Escrituras, y que están expresadas tan claramente, como la soberanía de Jehová.

De Jehová es la tierra y su plenitud;
El mundo, y los que en él habitan (Salmos 24.1).

Porque Jehová el Altísimo es temible;
Rey grande sobre toda la tierra.(...)
Reinó Dios sobre las naciones;
Se sentó sobre su santo trono (Salmos 47.2, 8).

Aun cuando este régimen soberano es doctrina innegable, ¡es ignorado! Los puntos de vista modernos que catalogan al hombre como dueño de su propio destino, como el que determina su propia suerte. Las consecuencias de este autoindulgente punto de vista son trágicas. Dios es destronado, y el hombre aguarda, precariamente, el juicio divino sobre su error de obstinación. Pero este problema

no lo es sólo de la modernidad. Los intentos por destronar a Jehová continuaron sucediendo desde que el Edén fue purgado de la rebelde pareja.

El gran régimen soberano de Jehová es ignorado por los que tienen en su mano el estatus y el poder. El prestigio y la autoridad de la “venta” del materialismo tiene la particularidad de cegar a la gente, a la verdad de la soberanía de Dios. Una ilustración de esto se encuentra en una referencia histórica a Napoleón, el famoso general francés. Se cuenta que cuando Napoleón se encontraba en el pináculo de su carrera militar, se le preguntó si creía que Dios estaba del lado de Francia. Napoleón cínicamente respondió: “Dios está del lado de donde está la artillería más pesada”. Luego vino la batalla de Waterloo, en Bélgica, y Napoleón lo perdió todo. Años más tarde, estando en el exilio, en la isla de Santa Elena, el humillado genio militar reconoció que “el hombre propone, pero Dios es el que dispone”. Napoleón había, por fin, comprendido la majestuosa soberanía de Jehová Dios.

¿Cómo mira usted la soberanía de Dios? ¿Cree usted que el Señor Altísimo ha de ser temido como el rey grande sobre toda la tierra que él es? (Salmos 47.2). ¿Cómo se traduce en la *práctica* que usted cree en el soberano régimen de Dios en su vida?

En la narrativa del Antiguo Testamento, po-

demos enfocar un evento que enseña una maravillosa lección acerca de la soberanía de Dios. La figura central de la narrativa es el gran rey de Babilonia, Nabucodonosor (cf. 34–37).

EL RECHAZO DE LA SOBERANÍA DE DIOS

En Daniel 4, se relata el último registro que de Nabucodonosor se tiene en las Escrituras, y el tal revela la forma como Dios trató con el poderoso rey. Este texto es una excelente explicación de la soberanía de Dios. Abre y cierra con una fuerte declaración acerca del reinado de Jehová (vv. 1–3, 34–37). En este capítulo podemos oír la franca confesión que hace un pagano, de la soberanía de Dios.

Conforme los eventos suceden, una dramática historia es contada. Nabucodonosor es el narrador, y a través de sus palabras, nos enteramos de la manera como un pagano aceptó el soberano dominio de Dios.

El capítulo 4 registra la tercera vez que Dios le habló a Nabucodonosor. Esta vez, a través de un sueño se le reveló que un gran árbol era cortado (vv. 4–7). Esto era una advertencia para el rey, para que cambiara su conducta, porque de lo contrario enfrentaría un destino aterrador (vv. 18–27). Pero la obstinación de Nabucodonosor lo llevó a rechazar la advertencia de Dios. Fantaseaba que él era un rival de Jehová (vv. 28–30). A causa de su persistente rebelión, se volvió loco y vivió como una bestia, hasta que reconoció la soberanía de Dios (vv. 31–37).

Al final de su prueba, el rey Nabucodonosor fue forzado a reconocer su insignificancia. ¡Aun con todas las riquezas y el poder de Babilonia, él no pudo ni siquiera acercarse a la idea de ser igual a Dios! Su orgullo fue humillado por la soberanía del Todopoderoso. Al final, el orgulloso rey confesó el dominio al que Dios tiene todo el derecho:

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? (vv. 34–35).

La conclusión a la cual llegó Nabucodonosor fue clara: “Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia” (v. 37).

Este texto es simple; su mensaje es claro. El lector llegará a la misma conclusión, tal como

Nabucodonosor. No hay poder que sea igual, ni más grande, que el de la suprema majestad de Dios. Su soberanía gobierna sobre toda la tierra y en los cielos. Todos han de dar cuenta, aun el poderoso rey de Babilonia.

LOS TRÁGICOS RESULTADOS DE ESTE RECHAZO

Son trágicos los resultados que se producen como consecuencia del rechazo de la soberanía de Dios por parte del hombre. Esto se ilustra por la situación en la que se encontraba el rey.

En primer lugar, cuando la soberanía de Dios se rechaza, el razonamiento del hombre llega a perder sanidad (v. 34). Nabucodonosor perdió su capacidad para razonar. El pecado había sido la causa de que se pervirtiera. En 2 Pedro 2.12, hay una referencia a esta tragedia: “Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición”. Todos los que se rehúsen a reconocer el régimen de Dios sobre sus vidas, vivirán su vida haciendo elecciones insensatas (cf. Romanos 1.21ff.).

*Su soberanía
gobierna
en todos los
cielos y en
la tierra.*

En segundo lugar, cuando la soberanía de Dios es rechazada, su derecho divino para ejercer dominio sobre la vida de un hombre va a ser usurpado (v. 27). El rey de Babilonia había asumido el papel de juez de última instancia. Se había instalado él mismo como la norma absoluta para discernir entre el bien y el mal. A este orgulloso rey, la voluntad de Dios no le importaba para nada.

La falla clave era el orgullo. Los que no atinen a someterse al dominio de Dios en la vida, en realidad llegan a ser rivales de Dios. Le roban al divino rey su derecho de comandar nuestras elecciones. Dios es el único que puede sentarse en el trono a juzgar con justicia (Salmos 9.4). ¡Sólo un insensato se atrevería a sugerir que tiene mejor conocimiento que Dios, acerca de las elecciones de la vida!

En tercer lugar, cuando la soberanía de Dios es rechazada, el rebelde desciende a las profundidades del pecado y el oprobio. Nabucodonosor llegó a

ser depositario del corazón de un animal. Sus decisiones fueron gobernadas por tal corazón. Así que vivió como un animal (v. 32). La más grande de las deshonras lo caracterizó, pues había rechazado el derecho de Dios de poner orden en las decisiones de su vida.

Esta revelación es aterradora. La vemos en los trágicos eventos de la vida. Todos los que rechacen la soberanía de Dios deben elegir la única alternativa. O sirven a Dios, ¡o a Satanás! No existe una tercera opción. El rechazar la soberanía de Dios puede tener atractivo, pero la tragedia de Nabucodonosor se asoma en el horizonte.

Estas tres trágicas evidencias le llegaron a Nabucodonosor, porque él no atinó a reconocer el derecho de Dios, a gobernar las vidas humanas. Estas mismas tres tragedias son evidentes, hoy día. Son multitudes las que han elegido negarle el derecho que él tiene de gobernar las vidas de ellos. En consecuencia, han perdido su discernimiento entre lo bueno y lo malo. Están dominados por el orgullo y engañados, cuando creen que se pueden erigir ellos mismos como la última instancia de autoridad.

En Romanos 1.18–32, Pablo describe las horribles consecuencias que sobrevienen, cuando el hombre trata de vivir apartado de Dios. Los que son atrapados por el engaño de la rebelión han sacrificado el gozo de la vida. Así como el Nabucodonosor de la antigüedad, se condenan a sí mismos a una vida sin el amor de Dios, ni la paz del reposado contentamiento.

Échele una mirada a su vida y sea sincero al hacerlo. ¿Ha sido usted de los que han tomado las insensatas decisiones de Nabucodonosor, según se relatan en Daniel 4, y se mencionan en Romanos 1? ¿Ha tenido usted la experiencia de resultados trágicos por no haber aceptado la soberanía de Dios en su vida? Si la fuerza que gobierna su vida no es la soberana voluntad de Dios, entonces usted debe hacer el mismo reconocimiento que Nabucodonosor hizo (v. 37).

LECCIONES QUE DEBEMOS APRENDER

La narrativa acerca del rey Nabucodonosor nos dice qué es lo que debemos hacer, si es que no estamos sometidos al gobierno soberano de Dios. Si usted no está sometido a Dios, reconozca que él tiene el derecho de gobernar su vida. Usted necesita imitar la confesión que Nabucodonosor hizo en el versículo 34. Dado que Jehová es el Señor y Dios de los cielos, y de la tierra, él tiene todo el derecho de controlar su vida.

Si usted no está sometido a Dios, emprenda la

serie de pasos que Nabucodonosor emprendió. En primer lugar, debe estar en el pleno entendido de que Dios, en efecto, tiene el derecho de decirnos qué es lo que nosotros deberíamos y no deberíamos hacer en la vida (v. 34). Este es el significado práctico de la soberanía de Dios. En segundo lugar, debe haber un franco reconocimiento de la insignificancia del hombre mortal cuando éste es comparado con la deidad de Dios (v. 35). Dado que él es el rey supremo, el poder de los mortales es muy inferior al poder de él. En tercer lugar, debe haber una confesión de la plenitud de verdad y justicia que son propias de los caminos de Dios (v. 37). El saber que Dios siempre es verdadero, nos puede dar confianza de que él gobernará nuestras vidas de manera correcta. En cuarto lugar, debe haber un reconocimiento de que la humildad del hombre trae grandes recompensas y de que el orgullo de la rebelión del hombre le trae la condenación segura (v. 37; Proverbios 3.34).

Pero, he aquí, la más grande lección que se encuentra en el texto bajo estudio. Si usted no está sometido a la autoridad de Dios, ¡usted se encuentra entre los que están perdidos! Reconozca el derecho que Dios tiene de gobernar su vida. Cuando usted se someta a la soberanía de Dios, hallará un maravilloso perdón y una reconfortante restauración (v. 36). Una apta ilustración de esta gran bendición es la que se detalla en Romanos 6.17–23. Todos los que se vuelven de la rebelión a la sumisión, están dispuestos a bautizarse en Cristo. Este acto de fe obediente es sumisión al gobierno soberano de Dios. Al cumplir con este acto, uno se vuelve, de el servir al ego, hacia el servir al Señor.

CONCLUSIÓN

“Jehová reina, temblarán los pueblos. Él está sentado sobre los querubines, se conmovió la tierra” (Salmos 99.1). Ésta fue la verdad que Nabucodonosor aprendió de forma dolorosa. ¿Será posible que usted no haya aprendido esta verdad? El no dejar que Dios gobierne su vida sólo le servirá para que se le multipliquen los dolores y se le destierre el gozo de su vida.

El pecado sólo ofrece una actitud rebelde hacia el Todopoderoso. ¿Querrá alguien estar en tal posición?

La soberanía de Dios ha de significar una gran diferencia en nuestras vidas. Compruebe lo que dice Job 42.2–6, y note cómo allí se añade énfasis a lo que se ha apuntado en esta lección. Un estudio del pasaje sacará a la luz los siguientes hechos acerca del control soberano de Dios. Dado que Dios es quien tiene el control, deberíamos ser

aliviados de todas las ansiedades de la vida (Job 42.2). Dado que Dios es quien tiene el control, no necesitamos que se nos expliquen las tribulaciones y tragedias de la vida (Job 42.3-4). Dado que Dios es quien tiene el control, deberíamos ser capaces de dominar nuestro orgullo, pues comprendemos que él es muy superior a todo lo que somos (Job 42.5-6).

Todos habrán de reaccionar a la soberanía de Dios, de una u otra manera. O habrá el tipo de respuesta descrito en Romanos 1.32, de los que desobedecieron a Dios; o habrá el tipo de respuesta de los que se habla en Romanos 6.17, los cuales fueron obedientes de corazón. La elección es simple. ¿Cuál será la suya? ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados